SERMONES

DE SEMANA SANTA

I

De Mandato.

Mandatum novum do vobis: ut diligatis invicem, sicut dilexi vos.
(Joan., XIII, 34.)
Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem saeculi.
(Math., XXVIII, 20.)

Dios es amor y es omnipotencia; Satanás es ira y tiene las manos vacías de poder. De la boca de Dios salen palabras de verdad; de los labios del demonio fluyen las halagüeñas ficciones de la verdad. Cuando Dios habla, enseña, moraliza, perfecciona; cuando Lucifer murmura, obscurece, desmoraliza, desedifica. Las palabras de Dios son rayos de luz, que espantan las tinieblas del error, mano que muestra el camino del bien, escudo que para los golpes del infortunio, espada que hiere y pone en fuga á los enemigos del alma, sol en fin, de la victoria, que lució mientras la pelea. Las palabras del diablo son vientos que empujan las sombras del error, flores sobre la boca del abismo, imán que atrae la desdicha, hierro que mata la virtud, venda, en fin, que ciega los ojos

en las batallas del corazón. Las palabras de Dios enamoran, y las del diablo seducen, y en el amor está la vida y en la seducción la muerte. Las palabras de Dios son leyes que equilibran las pasiones por los rectos caminos de la justicia; las palabras del diablo son ira que amotina los espíritus en contra de los justos mandamientos.

Cuando Dios habla y promete la dicha, se despiertan los espíritus y comienza la pelea en contra de los vicios desatados, y de esta lucha nace la virtud, que es el orden y el fin del batallar, es el comienzo del gozar. Cuando el demonio habla y promete la felicidad, se adormecen los espíritus halagados por el soplo suave de las pasiones, y de este sueño nacen los vicios, que son el desorden, y el fin del dormitar es el comienzo del sufrir.

Las promesas de Dios hanse de realizar en la eternidad y los espíritus que van en pos de ellas siembran en el mundo el orden y la armonía y la felicidad. Las promesas del diablo hanse de realizar en el tiempo y nunca se cumplen, y los hombres, que se atropellan por alcanzarlas, van llenando el mundo de desorden y de ira, hundiéndose de repente en los abismos, mientras huye de sus ojos desvanecida la felicidad.

Si abrimos aquel libro que de profecías y de realidades está escrito, hallaremos en él caudal de ejemplos suficientes que prueben esta inconcusa verdad; porque el pueblo de Israel arrastra la cadena del esclavo, cuando pone oídos atentos á las promesas del tentador, y la cadena de la esclavitud se rompe, cuando escucha arrepentido la palabra de Dios á él comunicada por medio de los Santos Profetas.

Y ahora, cuando todas las palabras de Dios se han realizado y todas sus promesas van á encontrar pronto cumplimiento; cuando vive en la tierra la Verdad encarnada y ya no habla por medio de patriarcas y profetas, sino por su propia boca; cuando los vaticinios de Isaías

y Jeremías se realizan y ha expirado el plazo de las setenta semanas de años de Daniel y el Justo va á morir por la salud de todos, es de todo punto necesario que pongamos oídos atentos á sus palabras, porque en ellas como siempre y más que siempre está nuestra felicidad.

Acabóse el tiempo de la ira y comienza el de la bendita caridad. *Un nuevo mandamiento os doy,* dice Jesús, Hijo de Dios, en la noche de la Cena, que precede á su Pasión y á su muerte generosa, *que os améis los unos á los otros, como yo os amé. Mandatum novum do vobis ut diligatis invicem, sicut dilexi vos.*

Y para que os alentéis á dar cumplimiento á mi nueva ley de amor, *ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem saeculi.* He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos.

He propuesto.

AVE, MARÍA.

I

Texto ut supra.

Delante estoy de Ti, ¡oh Jesús!, ¡oh Señor de la majestad!, encarcelado por mi amor en esa Hostia consagrada. Delante estoy de Ti con obligación de hablar y referir los misterios de amor y de humildad que se encierran en la institución del Sacramento del amor, y no sé qué decir, ni cómo tratar misterios tan altos con lengua de tierra.

La muchedumbre de mis pecados también está delante de mí y más ganas tengo de llorar mis ingratitudes, que de hablar. Más gemidos me nacen del corazón, que ideas del entendimiento y que palabras acuden á mis labios; porque Tú eres fuente de amor infinito, que nunca te cansas de perdonar, y yo, ¡ay de mí!, tan ingrato hijo tuyo, que esta misma deslealtad me mueve á llanto en el día en que es preciso confesar tus beneficios.

Yo no acierto á hablar, Señor. Habla á mi alma Tú, Jesús, con aquellas palabras que dan la salud á los enfermos, á los ciegos la luz y á los muertos la vida. Háblame Tú, ¡oh dulce y benigno Jesús!, que si *hoy oigo tu voz, no endureceré mi corazón* (1). Yo erré tus caminos en el desierto de la vida, pero hoy los quiero conocer, porque me quiero abrazar contigo y con tu Cruz. Recuérdame las mercedes de que te soy deudor, con todo el mundo, en la noche de la Cena.

En aquella noche memorable, dice Jesús, en que desbordé sobre los hombres, mis amigos, todos los raudales

(1) Ps. XCIV, 8.

y torrentes de mi amor, como en los días del diluvio todos los ríos y cataratas de mi ira; en aquella noche en que, con asombro de mis ángeles, determiné quedarme con vosotros hasta la consumación de los siglos, haciéndome perpetuo alimento de las almas desfallecidas, quise despedirme de mis discípulos para la muerte, puesto que en aquella noche me habían de prender para ser crucificado al siguiente día.

Y para que fuese más solemne la despedida, celebré con ellos la Pascua. Ellos eran mis discípulos y yo quería darles la postrer lección de amor, para que jamás se borrase de sus almas. Cené con ellos y entre ellos estaba el traidor que me había de entregar. Jamás les hablé con tanta dulzura; jamás salieron de mis labios saetas tan encendidas para herir el corazón del discípulo fementido y hacerle tornar de su mal sendero. Mas él tenía el pecho endurecido por la avaricia y estaba entregado á Satanás, y Satanás le cubría los oídos con las manos para que mis palabras no le llegasen al corazón.

¡Oh!, ¡cuántos me han vendido después en el transcurso de los siglos por menos de treinta monedas de plata! Un deleite sensual, más efímero que la vida de una flor; una honra vana; un ruido de aplausos que el aire se lleva; una ambición inicua han valido más que yo, que soy su Criador y di mi vida por ellos. Por cosa tan baladí, trocaron la eternidad por el tiempo; el cielo por la tierra; la miel por el acíbar y á mí por Satanás. Más les valiera no haber nacido. *Bonum erat si natus non fuisset homo ille* (1).

Yo soy el Buen Pastor, que da la vida por sus ovejas (2) y aún lamento aquel extravío y lloro por aquellas ovejas perdidas. Yo las goberné y pastoreé; ellas comieron de mis manos la hierba más delicada y apagaron su sed en la fuente de mi corazón; yo las saqué muchas veces del

(1) Math., XXVI, 24.
(2) Joan., X, 11.

atolladero en que las metió su aturdimiento en el día de la nube y de la obscuridad, *in die nubis et caliginis* (1); y aún tengo las carnes desgarradas por salvarlas del peligro de perder la vida, y aunque ellas se perdieron por su propia voluntad, yo las lloré extraviadas, porque eran telas de mi corazón y pupilas de mis ojos (2).

Concluyó la cena; mis Apóstoles me miraban con ojos agradecidos, y el agradecimiento se trocaba en indignación contra el que me había de entregar, y yo contenía el tumulto de sus almas con la serenidad de mi semblante, al que *obedecen los vientos y los mares* (3). Levantéme de la mesa, me quité las vestiduras y ciñéndome un lienzo limpio y echando agua en una bacía, comencé á lavar los pies á mis discípulos.

El asombro pintóse en su semblante, gimieron dentro de sus pechos, mirándome á sus plantas, y las lágrimas, sin poderlas contener, salieron á torrentes de sus ojos. Ellos creían en verdad, que yo era el Redentor esperado, y me apellidaban Señor, me llamaban su Maestro, me habían visto andar sobre las ondas de la mar sin sumergirme, imperar en los vientos, mandar en los demonios y ser obedecido, curar al ciego de nacimiento, levantar al tullido, resucitar á Lázaro, y de repente vieron trocados los estados: el Señor arrodillado delante del siervo; el Maestro á los pies del discípulo; el Rey derribado delante del soldado, y el Criador, con las manos con que formó los cielos, lavar los pies á sus criaturas; y mirando aquella humillación, mudos todos de espanto, hablaron todos con la voluntad por los labios de Pedro, que me dijo, interrogando y como no acabando de creer en lo que veían sus ojos: *Señor, ¿tú me quieres lavar á mi los pies* (4)? ¿Tú, Rey de mi alma, á mí que soy el último de tus vasa-

(1) Ezeq., XXXIV, 12.
(2) Zach., II, 8.
(3) Math., VIII, 27.
(4) Joan., XIII, 6.

llos? ¿Tú, soberano del mar, al más rudo de los pescadores? ¿Tú, Maestro de tan sabias doctrinas, al más ignorante de tus discípulos?

Lo que yo hago no lo sabes tú ahora. Ya lo sabrás después (1). Tú no sabes aún que esta humildad que tanto te espanta ha de ser la base de la Iglesia, que sobre ti he de levantar; porque como el mundo se perdió por la soberbia, quiero que se gane por la humildad. Tú no sabes que en mi redil el pastor apacentará á sus ovejas y las servirá, y no á sí mismo. ¡Ay de los pastores de Israel, que á sí mismos se apacientan! *Vae pastoribus Israel, qui pascebant semetipsos* (2). Tú no sabes que el rey se honrará con el nombre de siervo y padre de sus vasallos, y los alimentará con sus riquezas y su hacienda, y dará por ellos la vida. Tú no sabes que el Maestro no enseñará su doctrina con palabras solamente, sino con el ejemplo, y será obediente, si enseña el respeto y acatamiento á las leyes, y amoroso con sus discípulos, si les enseña la misericordia con el prójimo, y humilde, si les predica la humildad.

Pero Tú, ¡oh Señor!, eres más que maestro, díjome Simón Pedro, y más que rey, y más que pastor, puesto que eres Cristo, Hijo de Dios vivo, *y no me lavarás jamás los pies. Si no te lavare los pies*, le respondí, con estas manos fabricadoras del cielo y de todas las maravillas del universo mundo; si no te redimiere con esta sangre divina que corre por mis venas, y te dejare limpio como la claridad del sol, *no tendrás parte en mí. De esa manera*, Pedro me contestó, *no solamente los pies, sino las manos y la cabeza* (3). El que tiene limpio el corazón de odio, y la cabeza de soberbia, y las manos de sangre humana, respondíle yo, no tiene necesidad que le laven más que los pies con que desde su origen primero anda por el mun-

(1) Joan., XIII, 7.
(2) Ezech., XXXIV, 2.
(3) Joan., XIII, 9.

do. *Y vosotros ya estáis limpios, aunque no todos.* Sabía yo quién me había de vender, y por eso les dije, mirando á Judas Iscariote, *pero no todos: sed non omnes* (1). No todos me aman, no todos me son agradecidos, no todos tendrán parte en mí.

En acabando el lavatorio, tomé mis vestiduras, y sentado en mi silla, les dije: *¿Entendéis esto que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque, de verdad, lo soy* (2). Yo soy el Maestro infalible de la verdad, y no hay otro Maestro fuera de mí, porque *yo soy la luz del mundo, y el que me sigue no anda en tinieblas* (3). «Yo soy la luz indeficiente, la lumbre de la ciencia, la lumbre de la sabiduría (4).» Yo soy Señor de los cielos y de los abismos, de los ángeles y de los hombres. Yo humillo los príncipes de la tierra, *gloriosos terrae humilliabo* (5); *yo creo la luz y formo las tinieblas* (6); *ante mí se doblan todas las rodillas, y me jura por su rey toda la lengua* (7); y os he lavado los pies, porque mi nueva ley es de humildad y de amor. Y vosotros, grandes y pequeños, príncipes y vasallos, debéis también unos á otros lavaros los pies. Porque esta reciprocidad de amor y de humildad es el sostén de mi Iglesia, donde todos son hermanos é hijos de un mismo Padre. *Ejemplo, pues, os he dado para que, como yo lo hice, así vosotros lo hagáis.*

¡Oh Jesús! ¡Oh piélago de amor y abismo de humildad! ¡Cómo huyen de mi alma las serpientes rastreras de las malas pasiones y corren á ocultarse donde no las hiera la luz de tus virtudes! ¿Quién será soberbio delante de Ti, ¡oh Rey de la gloria!, derribado delante de tus dis-

(1) Joan., XIII, 10.
(2) Ibid., id., 14.
(3) Ibid., VIII, 12.
(4) S. Agust., trat. 34.
(5) Isai., LV, 2.
(6) Ibid., id., 7.
(7) Ibid., id., 24.

cípulos y lavándoles los pies? Las lágrimas afluyen á mis ojos y siento el pesar de los pecados con que te ofendí, desgarrándome las entrañas. Yo codiciando honores, y Tú buscando lo más ruín y miserable de la tierra, para poner allí tus purísimas manos. Yo buscando lo más alto y Tú lo más bajo, para estampar allí el beso de tu amor. Yo ofendido y pidiendo satisfacción de los desdenes con que me despreciaron, y Tú vendido, Amor de los amores y Príncipe de los cielos, y lavando los pies al ingrato y al traidor aleve. ¡Yo buscando la luz por las tinieblas, y Tú buscando lo obscuro y despreciado por la luz!

Cristianos; Jesús, nuestro Maestro, nos invita al ejercicio de la humildad, que es el ejercicio de la vida cristiana. Sin esta hermosa virtud no hay cristianismo, porque sin ella no hubiera redención. Ella es la raíz de todos los diversos árboles de este ameno paraíso de la Iglesia. Menospreciáronla los gentiles hijos de la soberbia ambición de nuestros primeros padres, y los cristianos la debemos amar y tener en mucho y dar todas nuestras riquezas por esta joya sola, porque ésta es la margarita preciosa de que nos habla el Evangelio. Esta es la vida escondida en Cristo, despreciadora de galas, enemiga de deleites, amante de la pobreza y devota ferviente del divino amor. No es misericordioso con los pobres quien no la posee, ni casto quien no la ama, ni obediente quien no se la ciñe por armadura, ni solitario quien no vive con ella en el desierto, ni maestro quien no la tiene por texto vivo, ni rey quien la vuelve la espalda, cuando se asienta en el trono, ni hijo, ni vasallo, ni soldado, ni discípulo quien no la sienta aposentada en sus entrañas; porque sin ella ni hay hogar, ni reino, ni milicia, ni escuela que pueda subsistir sobre la tierra.

Por eso la practicó el divino Maestro Jesús y nos la recomendó en la noche de la Cena, lavando los pies á sus discípulos y diciéndonos: «Ejemplo os he dado para que, como yo lo hice, así vosotros lo hagáis.» *Exemplum enim*

dedi vobis ut quemadmodum ego feci ita et vos faciatis (1). Y como esta humildad no es otra cosa que el amor: *Mandatum novum do vobis ut diligatis invicem, sicut dilexi vos.* Un nuevo mandamiento se nos da: que nos amemos los unos á los otros, como Jesús nos amó.

II

Per invidiam diaboli mors introivit in mundum (2); por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo, y por la caridad de nuestro Señor Jesucristo, el mundo resucita á nueva vida, pues *como Jesús amase á los suyos,* dice San Juan, *hasta el fin los amó* (3), dándoles en la Cena á comer su cuerpo y á beber su sangre, que habia de ser derramada para la remisión de los pecados. Y aquí tenemos ya la ardiente caridad de nuestro Señor Jesucristo venciendo la envidia de Satanás, aquella envidia que después de ser causa de la ruina del género humano, tomó cuerpo en Caín para derramar la sangre de Abel, y que desde entonces había venido siendo como la venda que cubría los ojos de los hombres, cuando dentro de ellos fermentaban las sórdidas pasiones.

¿Quién tendrá envidia de su hermano después que nuestro Señor Jesucristo á todos hizo partícipes de su cuerpo y de su sangre, de su alma y de su divinidad? ¿Quién pondrá los ojos con tristeza en los palacios suntuosos del rico, cuando desde entonces en la tierra hay un palacio donde todos son iguales, porque todos, el haraposo y el potentado comen en la misma mesa y son regalados con el mismo manjar y llenos de las mismas gracias y prerrogativas? ¿Quién sentirá amargura de la sa-

(1) Joan., XIII, 15.
(2) Sap., II, 24.
(3) Joan., XIII, 1.

biduría del sabio, del poder de los príncipes, de la hartura del magnate y del valor de los héroes, si comiendo el Cuerpo del Señor, llevamos dentro de nosotros mismos y en su esencia, la verdadera sabiduría, la omnipotencia, la mano que da de comer á todas las criaturas y la espada que vence en todos los combates? *Ecce agnus Dei, ecce qui tollit peccata mundi* (1).

¡Ah cristianos!, y si la divina caridad, acabando con la envidia, ordenó la institución de ese augustísimo Sacramento, la humildad, raíz de todas las virtudes cristianas, se encargó de llevarla á cabo, concluyendo con la soberbia. Yo vi el monte Sinaí envuelto en nubes preñadas de rayos; yo escuché la voz del trueno rodar retumbando por las cuencas de las montañas; vi llenas de pavor las doce tribus de Israel, con el rostro en el polvo y la convulsión del terror encorvando su cuerpo, y oí la voz de Jehová potente y severa hablar á Moisés desde el seno de la nube, dictándole sus mandamientos. Yo vi á Elías en la cueva de Horeb cubrirse el rostro con el manto, cuando el huracán, trastornando los montes y quebrantando las rocas, y el torbellino de fuego, cruzando impetuoso, anunciaban la presencia de Jehová; y ahora veo toda aquella airada majestad mansa, como la superficie de un lago tranquilo, convertir la voz de león de Judá en el balido del cordero y apagar la luz del rayo entre los blancos átomos del cándido pan del sacrificio. ¿Quién ha llevado á cabo este prodigio sino aquella dulce humildad que Jesús asentó como fundamento de todas las virtudes, aquella humildad por la cual El nació pobre, siendo rico, y por la que vivió desterrado en el Egipto, siendo para El toda la redondez de la tierra, como un átomo de polvo que levantaran en el espacio las ruedas de su carro?

¡Ah, hijos de la soberbia, que os recreáis en la miserable grandeza de vuestras caducas obras!, Jesús no nos

(1) Joan., I, 29.